

Don Quijote de la Mancha

PERIÓDICO INDEPENDIENTE

AÑO II

Núm. 96

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
(PAGO ADELANTADO)

En la capital al mes..... 1 peseta
Fuera de la capital trimestre..... 3 pesetas

DIRECTOR-PROPIETARIO

D. EMILO BERNABEU Y NOVALVOS

CIUDAD-REAL 6 DE JUNIO DE 1903.

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

CALATRAYA, 19

SE PUBLICA

LOS MIÉRCOLES Y SÁBADOS

INICIATIVA REGIA

D. ALFONSO XIII

Protector de la Agricultura.

Copiamos de *La Liga Agraria*:

«No hace todavía un año que con motivo de la excelente acogida hallada por la comisión que entregó á S. M. el Rey las conclusiones del Congreso Agrícola celebrado en Madrid, y de las palabras pronunciadas por el Monarca, publicamos un número con el lema «El Rey que España necesitaba»: tan condescendientes éstamos de que los labradores españoles tenían desde aquel solemne momento un protector, que hasta entonces les faltó, y como consecuencia la seguridad de un poder «permanente» que en todo instante velase por sus intereses.

Los hechos han venido bien pronto á darnos en un todo la razón, porque desde entonces S. M. no en la forma precipitada, y como tal deficiente, á que nos tenían acostumbrados los Gobiernos, sino con un paso mesurado, constante, como quien obedece á un meditado plan, sabiendo donde va y como ha de llegar, va realizando por su propia iniciativa cuando créese conveniente para la agricultura; convencido sin duda de que no se trata de proteger á una clase más ó menos importante, ó respetable, sino que siendo la tierra la «única» que produce la alimentación de los pueblos, su función «social» es tan augusta que ninguna hay á ella comparable, y cierto de que los posibles trastornos sociales no hallarán otro correctivo que un aumento considerable en nuestra producción agraria de donde sacar una parte mayor destinada á la conveniente elevación de los jornales, al propio tiempo que por su cantidad disminuye el coste de la alimentación en todas las clases, en beneficio especialmente de las más desheredadas.

Así se explica que haya comenzado por conceder un premio al mejor estudio práctico sobre los medios de mejorar la situación de las clases obreras rurales, «con aumento de producción»; es decir, demostrando como aspecto político á la moderna, al estilo del emperador de Alemania, que abarca en primer término el aspecto «social» del problema y que continúa hoy velando también por el porvenir de los obreros del campo, convirtiendo en útil para ellos y para el país lo que tienen de ocioso ó improductivo los Ejércitos modernos.

Censuran, con razón, los economistas la existencia de numerosos Ejércitos permanentes, si precisos en momentos dados, inútiles en la paz, porque arrancan de la labor de los campos los hombres útiles, cuando por su edad son más útiles á la producción, haciéndoles además adquirir en las guarniciones hábitos y costumbres incompatibles con su primitiva ocupación, con lo cual al cumplir el servicio de las armas ó aspiran á quedarse en las ciudades ó son obreros detestables en el campo. El actual Rey de Italia halló medio de conciliar ambas exigencias sociales, pro-

curando el mejoramiento de la instrucción agraria de los soldados, con tan excelente resultado, que bien pronto se extendió en Alemania y Francia.

Igual método se va á implantar en España, por iniciativa de S. M., quien hace tiempo indicó á sus ministros la conveniencia de que poniéndose de acuerdo los de Agricultura y Guerra hiciesen dar á los soldados que del campo proceden unas conferencias agrícolas voluntarias en los cuarteles, en lenguaje sencillo, con el doble objeto de que aprendan los soldados sin esfuerzos los procedimientos más adecuados al alcance de la misión, que como productores de riqueza han de tener al volver á los campos, y encuentran por su destreza mayor jornal que cuando lo abandonaron, al propio tiempo que se difunden por toda la Península las ventajas de las prácticas, apropiadas á las necesidades modernas, con el fin «práctico» é inmediato de que ellos mejoren su condición, y el moral de que contribuyan al progreso social, por lo que en España se tiene completamente olvidado, y es, sin embargo, indispensable por obreros expertos.

Unánimes aplausos hallará esta nueva é iniciativa regia, que va seguramente completando un plan seguro, la necesidad de que la dirección de la política agrícola se separe de las nefastas manos de los políticos y tenga un carácter de estabilidad, sin la cual han resultado hasta ahora inútiles para España las lecciones de la Historia y los sacrificios del contribuyente.»

IPOBRE MUJER!

Yo me he asomado al fondo de tu alma
y he visto con pesar,
de la fuente que brota la ternura
ya seco el manantial.
¿Te he visto triste?... Y de tus bellos ojos
una perla rodar,
que de fuego en tu pálida mejilla
un surco dejará.
Capullo tierno ayer... hoy hoja seca
que arrastra el vendaval,
y en el fondo del río del olvido
allí se perderá.
Del mando en el revuelto torbellino
tu rumbo marearán,
de la ilusión que muere, los recuerdos
del mañana... el azar.
¡Pobre mujer! Cuando en el largo viaje
que aun te falta que andar,
veas cual se derrumban los castillos
que alzó tu vanidad.
Cuando el silencio aterrador, que acusa
te envuelva á tu pesar...
si ves de la virtud el justo premio
cuanto padecerás.

LUIS MOTANO.

CUENTO

¡LOCURA DE AMOR!

Era una melancólica tarde del mes de Febrero; el sol, perezosamente, marchaba á su ocaso bañando con rayos de fuego aquel puñado de casitas de que se componía el pueblo de X., sembrando á un bando de palomas posadas

sobre el verde espesed. La tranquilidad de la atmósfera era ligeramente turbada por un ligero soplo de aire que penetraba hasta los huesos.

Aquel día había tenido lugar el sorteo de los mozos, que reunidos en grupos, y llevando cada cual con verdadero orgullo el número que le cupo en suerte, recorrían las calles del pueblo con esa alegría y buen humor propio de la juventud.

En una de las más solitarias y apartadas calles del pueblo y junto á una reja, tras la cual se dibujaba un precioso rostro de mujer, se veía un mozo de arrogante figura y de compleción varonil en animada conversación; aquél mozo era Pedro, el hijo del tío Andrés, que mientras sus amigos se divertían, él se despedía de aquella mujer que era toda su dicha y alegría...

—Carmen, mañana parto para la Habana; Dios sabe si volveré, pues la Patria me llama y hay que defenderla, sólo te pido que no me olvides y espera, que día llegará en que restablecida la paz en nuestra querida España volverá á tu lado para no separarnos jamás.

—Te juro, Pedro, por la santa memoria de mi madre—respondió Carmen— que tu recuerdo vivirá siempre en mi corazón y esperaré con paciencia hasta que Dios quiera que vuelvas, y dos lágrimas, cual dos gotas de rocío en la corola de una flor, resbalaron por sus mejillas yendo á sepultarse entre los pliegues de la blusa con que cubría su turgente seno.

—¡Adiós! Carmen. ¡Adiós! Pedro. Y un prolongado beso turbó por un momento el silencio de la noche.

Tres años hacía que Pedro había abandonado el hogar para vestir el honoroso uniforme militar; tres años de horribles tormentos y crueles angustias; pero, por fin, el momento deseado llegó. Pedro volvía á España de sargento; una sola idea, un solo pensamiento embargaba su alma enamorada; toda su dicha y alegría era el volverse á encontrar junto á su adorada Carmen.

Pedro, loco de entusiasmo, esperaba con impaciencia el momento deseado del embarque; tres días después salía con rumbo á España á bordo del bergantín *Anita*.

Los primeros días no hubo ningún incidente en el viaje; pero una noche empezó á soplar un viento noroeste que obligaba al bergantín á ser juguetado de las olas, y al amanecer fué á estrellarse contra unos arrecifes, pereciendo la mayor parte de los pasajeros.

Carmen había recibido una carta de Pedro en la que anunciaba su salida de la Habana, y esperaba con alegría la llegada.

Diez días después del naufragio del bergantín *Anita*, Carmen leía en un periódico la horrible catástrofe. A medida que leía cambiaba el color rosado de su cutis con un amarillo cada vez más; de sus hermosos ojos brotaron dos lágrimas; quiso dar un grito y no pudo;

estrujó con fuerza entre sus manos el diario, y tendiendo los brazos como para abrazar algo invisible cayó en tierra...

Cuando volvió en sí se dió cuenta de que había perdido la razón.

De un momento á otro esperaba Carmen á Pedro, y leer la triste noticia de haber naufragado el bergantín sin que hubiese noticia de los pasajeros, fué la causa de tan terrible golpe.

Pedro se salvó y algunos más con él, gracias á un vapor noruego que acertó á pasar y lo recogió á bordo.

Algunos meses después de haber ocurrido en casa de Carmen la escena que tuvo lugar al leer la noticia del triste fin de Pedro, cuando la luz de la aurora coloreaba de oro las nubes, un sargento entraba por una de las calles del pueblo de X.; á medida que avanzaba en el camino, sentía más vivos deseos de llegar á casa de Carmen, de la que hacía dos meses que no tenía noticias.

De pronto se paró, y un oscuro pensamiento pasó por su imaginación, y su faz antes alegre y risueña, se tornó triste, y un mal pensamiento vino á turbar por un momento los rosados sueños de su felicidad. Pero pasó como pasa la luz del relámpago por nuestra vista; cuando estaba próximo á la casa de su amada, sintió que su corazón latía con violencia como queriendo romper la estrecha cárcel que lo encerraba.

Paróse sobresaltado, pues un ruido extraño había llegado hasta sus oídos; no le cabía duda, era la voz de Carmen; pero aquellas palabras parecían como un eco de muerte. Una vez frente á la reja, sus ojos se posaron con rapidez en la ventana de Carmen, recordó las palabras que poco antes oyera, sonó que las oía; pero no, no era sueño, era realidad, Carmen era la que las pronunciaba.

Una tempestad que hubiese descargado sobre su cabeza no le hubiera hecho mayor efecto. Un sudor copioso y frío inundó su cuerpo; quiso andar y sus piernas se negaron á ello; miró á la ventana y le pareció ver una sombra que desapareció rápidamente; como pudo llegó á la reja al mismo tiempo que Carmen aparecía en ella con la mirada extraviada y el cabello en desorden.

—¡Carmen!—dijo Pedro con desfallecido aliento.—¿Qué tienes, qué te pasa, no me conoces? Yo soy tu Pedro, tu amante que viene por tí.

Pero Carmen, como si nada oyera, lanzó una estrepitosa carcajada, y haciendo una horrible mueca, desapareció.

—¡Local!—exclamó Pedro con desesperación, é introduciendo la mano en uno de los bolsillos de su guerrera sacó un revólver, y aplicándolo en la sien derecha disparó y su cuerpo cayó con pesadez, teniendo con su sangre aquella reja que en otro tiempo fué para él toda su dicha...

La aurora comenzaba á teñir de pura las cispides de las montañas.

J. G. P.